SE SUSCRIBE
En Cartagena, despacho de Don Liberato Montella. En provincias corresponsales de A. Saavedra

EL ECO DE CARTAGENA.

PRECIOS DE SUSCRICION
En Cartagena un mes 8 reales trimestre 6 id. en Provincias 7,50 Anuncios y comunicados á precios convencionales

AÑO XXIII.—NÚM. 6501 | 12 DE ENERO DE 1883. | REDACCION, MAYOR 24.

EL ECO DE CARTAGENA

Viérnes 12 de Enero de 1883

¡EL 13 DE ENERO!

Vivimos del recuerdo; nuestra existencia es una série no interrumpida de sensaciones, en que el espíritu, no tanto se mueve bajo las impresiones del presente, como á los estímulos del pasado. La memoria, con su facultad retentiva, es, digàmoslo así, la retina, donde se graban como en imágen, con sus atractivos de forma y de poesía, toda esa série de acontecimientos que agitan nuestra alma, en visión constante, ya muevan à las más gratas de las complacencias, ya revistan los caracteres del dolor ó de una amarga tristeza. El pasado es en la vida íntima, como en la universal de los pueblos, la poesía del presente y la virtud práctica del porvenir. En el órden moral, es el libro de las grandes enseñanzas; por eso la humanidad, por más que prentenda vivir solo para el presente, no podrá nunca prescindir de su pasado; el recuerdo será siempre, al par que su recreo, el consejero de sus acciones.

En la historia de nuestro pueblo hay un acontecimiento, que por su carácter, por su índole y por su trascendencia, está llamado à perpetuarse indefinidamente en la memoria de todos, de generación en generación, por la corriente inmensa de los tiempos, con toda su horrible poesía, con sus mismos luctuosos atavíos; con todo lo que de grande en sí tuvo el más atrevido hecho de nuestra época. ¡Quién de entre nosotros no recuerda la fecha del 13 de Enero de 1874! En ella está sintetizado todo un poema de desdicha; ella marca el fin de una resistencia heróica, el término de una lucha fratricida. La aurora de aquel dia al estender su luz por estos horizontes, dejó ver sobre un páramo inmenso de ruinas, una bandera que no era la de la víspera. Ese páramo era nuestro pueblo, esa bandera simbolizaba el renacimiento de la paz. . . . .

. . . . . .

. . . . . .

Manuel Gonzalez.

ECOS DE MADRID.

11 de Enero de 1883.

¿Què pensarán de la culta capital de España, los que tengan noticias de los escándalos que ha habido en el Teatro Real y en el Circo de Price?

Los abonados al primero no están contentos con la empresa; pero en vez de alborotar, estèril y ruidoso desahogo, podian pedir que les devolvieran su dinero.

Pero ya se vé, esta determinación no proporcionaría al alegre carácter español esos momentos de espansión que tanto le divierten.

En el Circo de Price los escándalos han sido cuatro y seguidos. Representábase la *Africanita*, una zarzuela que ha arreglado del francés el Sr. Larra.

En el idioma de Moliere la protagonista era americana, el autor español la ha hecho africana; y no es estraño que el Africa que ántes empezaba en los Pirineos segun la frase de nuestros convecinos, haya empezado las últimas noches en el Teatro de Price.

La obra—yo no la he visto—pero me cuentan que no merecia tanto ruido. Parece ser que lo que en ella pasa no interesa, y el público numeroso siempre en aquel teatro y muy alegre, comenzó á reforzar el coro con sus voces y el golpear de los bastones. Era la víspera de Reyes; costaba 5 pesetas gritar en las calles y 50 céntimos gritar en el Teatro.

La gente encontró sin duda más económico gritar en el templo del arte y puede decirse que allí se reconcentró todo el vocerío que ántes se desparramaba por las calles.

Al dia siguiente la misma función. Los que se encontraban no se decian: vamos à Price.

La frase general era ésta:

Vamos á silbar la *Africanita*.

La silba fué mayùscula; pero aquella noche hubo partidos. Unos silbaban, otros querian aplaudir.

No necesito añadir que hubo palos.

En la tercera noche hubo armas cortantes y pinchantes y algunos espectadores tuvieron que ir á la casa de Socorro, mientras que otros eran guiados á la prevención.

En la cuarta noche habia tantos espectadores como guardias de órden público y entónces los primeros poseidos de un entusiasmo inconcebible se dedicaron á aplaudir.

Entre estos aplausos murió la obra.

Pero lo temible es que queda la costumbre de los escándalos... porque la verdad es que muchos salian del teatro diciendo:

—Esto es una diversión,

. . .

En este *desórden* de ideas hay mucho que contar de la semana.

La otra mañana á las ocho habia gran número de fieles en la iglesia de las Monjas de Vallecas.

Un sacerdote oficiaba en el altar mayor, y otro en el confesionario tenia á sus piés á un penitente.

En medio del silencio y del recogimiento ven algunos levantarse de pronto al pecador, que era un aragones y oyen todos estas palobras:

—Salga V. que me lo voy á comer.

Dirigiase al confesonario y algunos que trataron de calmarle le exasperaron más hasta el punto de abofetear al eclesiástico y á los que procuraban apaciguarle.

Escuso pintar la alarma que cundió y la agitación que se apoderó de todos los ánimos.

El sacerdote que oficiaba, con dulce palabra trató de calmar al que tal escándalo producia y no tardó en ser victima de sus golpes.

Gritaban unos, huian otros, estos salian à la calle pidiendo auxilio, aquellos aspiraban á sujetar al hombre que fuera de sí repartia bofetones á diestro y siniestro.

En esto llega un guardia, desenvaina la espada, el aragones se apodera de ella y le hiere, recuperala el guardia en la lucha y hiere á su vez à su adversario logrando sugetarle y llevarle á lugar seguro.

¿Se trataba de un loco?

Dicen unos que sí y otros que no. La causa de su arrebato se ignora; pero el espectàculo que dió nos coloca por un momento en cafreria.

. . .

Otro suceso no menos bàrbaro registra la semana.

Habia en la plaza de la Cebada un tinglado en el que se exhibian figuras para distracción de la gente menuda. Una niña de ocho años, movida de infantil curiosidad, se asomó á una de las rendijas del tinglado para ver lo que habia dentro.

Un segundo después lanzó un grito desgarrador.

La habian arrojado al rostro un líquido que resultó ser ácido sulfurico.

El autor de esta gracia habia sido un criado del dueño de las figuras, que al cometer tan horrible atentado desapareció sin que hasta ahora hayan podido hallarle.

La pobre niña sufrió dolorosas quemaduras.

. . .

Ha muerto en el hospital un poeta cómico de los que más ingenio han demostrado en los últimos tiempos.

Aludo á Pelayo del Castillo.

Podria tener de cuarenta à cuarenta y dos años y hace más de veinte que vivia de milagro. Perezoso, abandonado, sin poder sujetarse á las fórmulas de la vida civilizada, en plena bohemia, aunque soportando con indiferencia su miseria, solo escribia cuando encontraba alguien que se tomàra el trabajo de esplotarle.

Pasó una larga temporada escribiendo escenas chispeantes por un modesto cocido y un pobre lecho. Todos los escritores admiraban su ingenio y le querian, pero huian de él, porque inspiraba làstima y al mismo tiempo causaba indignación su desidia.

Jamás pedia y á veces no aceptaba las dàdivas de la amistad. No he oido decir que cometiera ningun acto censurable. Por eso digo que ha vivido de milagro!

Si se reunieran sus escasas obras parecerian el ingenio más rico aprisionado en los harapos de la miseria.

Como suele decirse Dios le ha hecho un favor llevándosele.

Aunque él ya no sufria, hacia sufrir.

. . .

—Mucho tarda en abrir la criada.

—Se habrà dormido.

—Vuelve à llamar.

—No abre...

—Llamemos al sereno y à un cerrajero. Puede haber sufrido la pobrecita algun accidente.

Poco después supieron los amos que volvian muy tranquilos del teatro, que la criada se habia marchado con dos mil pesetas en metálico y cuantas alhajas habia podido escamotear.

. . .

—Señora! señora!

—Què es eso hombre... por qué me amenaza Vd. con esa pistola.

—Si no me dice V. donde está la criada, la mato.

—Yo que sé, la he despedido... baje V. ese cañón que me horroriza.

—Esta escena pasó en una casa el otro dia. Por supuesto que hombre y pistola fueron á la prevención.

No era conveniente dejar sin correctivo semejante modo de preguntar á las amas de casa, por los maritornes.

. . .

De una casa desapareció la otra noche un reloj de sobremesa. Era de bronce y pesaba una arroba.

—Y quien lo robaria?

—Eso no se pregunta, un ladrón de primera fuerza.

. . .

Habla un periódico y dice:

«El célebre tomador *Ratón*...

Una pregunta: ¿qué adjetivo vamos á emplear en lo sucesivo para llamar á Colón, Cervantes y demás hombres ilustrados?

. . .

Los prestamistas de Madrid han nombrado una junta para que estudie el medio de emprender un camino distinto del que hoy sigue su gremio.

—Nada más fàcil, decia uno acostumbrado á tratarlos.

Con dar 5 por 100 al mes en vez de cobrarlo, varian de rumbo y ganan el cielo.

JULIO NOMBELA.

CRONICA

Ha sido nombrado administrador